

La revolución energética lleva acento colombiano



Por Anders Beal

En un momento marcado por conflictos crecientes y precios de la energía en alza, Colombia ha emergido como un actor inesperado en la vanguardia de la transición energética global, pese a ser un productor importante de combustibles fósiles. En este contexto, la escalada del conflicto entre Estados Unidos e Israel con Irán y Líbano amenaza con profundizar la inestabilidad internacional, lo que hace más urgente preguntarse qué papel pueden desempeñar los países latinoamericanos. Lejos de los epicentros del poder tradicional, estas naciones podrían ofrecer visiones alternativas de cooperación y una hoja de ruta más sobria frente a las tensiones geopolíticas que hoy sacuden el sistema internacional.

Es precisamente en ese vacío de liderazgo donde Colombia ha decidido actuar. El país co-organizará la Primera Conferencia sobre la Transición para Abandonar los Combustibles Fósiles. El encuentro se produce tras las persistentes críticas de grupos ambientalistas que señalan que los cabilderos de los combustibles fósiles y las naciones productoras de petróleo han saboteado las cumbres climáticas anuales de la ONU, incluida la reunión COP30 en Brasil el pasado noviembre. Como resultado, no existe una hoja de ruta formal ni siquiera para una eliminación gradual de los combustibles fósiles, a pesar de que los impactos del cambio climático siguen agravándose.

Colombia, tradicionalmente una productora y exportadora significativa de combustibles fósiles como el carbón, es un actor improbable para sacudir el tablero. Sin embargo, su presidente, Gustavo Petro, ha hecho de la descarbonización y la conservación ambiental una prioridad, incluso a costa de influyentes industrias nacionales. “Estamos comenzando la era de la extinción humana,” advirtió en 2024 en una conferencia mundial, COP16, que Colombia organizó sobre amenazas a la biodiversidad.

Un año antes, en la COP28 en los Emiratos Árabes Unidos, Petro había anunciado el compromiso de su país con un Tratado sobre Combustibles Fósiles diseñado para eliminar progresivamente la producción de petróleo. En ese momento, aprovechaba el impulso de un nuevo consenso global para “transitar hacia el abandono de los combustibles fósiles” y triplicar la producción de energía renovable para 2030, objetivos que tanto Estados Unidos como China habían acordado perseguir conjuntamente.



Gran parte de ese avance se ha revertido, debido en gran medida a los abruptos cambios de política del presidente Donald Trump y su antagonismo hacia las tecnologías de energía renovable. La administración Trump se ha retirado nuevamente del Acuerdo de París y no envió una delegación formal a la COP30. Colombia, por su parte, ha redoblado sus esfuerzos. Desde su ciudad portuaria del norte, Puerto Bolívar, en el departamento de La Guajira, Colombia aún exporta grandes cantidades de carbón, y el país sigue siendo un importante productor latinoamericano de petróleo. Pero Petro ve esta dependencia de los combustibles fósiles como una posible responsabilidad, no como un activo, en caso de que el mundo cambie rápidamente hacia la energía eólica, solar y otras fuentes de energía limpia.

A nivel interno, Petro ha tenido dificultades para construir consenso en torno a su visión de la transición energética de Colombia y los beneficios que esta podría traer en términos de inversión y empleo. A medida que se acercan las elecciones generales del 31 de mayo, los candidatos han promovido visiones marcadamente divergentes sobre el futuro energético del país. Si bien la ambiciosa agenda climática de Petro probablemente sobreviviría bajo su sucesor favorito, Iván Cepeda, un regreso a una administración conservadora podría traer consigo un renovado énfasis en las industrias carboneras y petroleras del

país.

Eso sería un error estratégico, y no solo porque Colombia se ha convertido en un motor de la acción climática global. Si el próximo líder de Colombia abandona una agenda climática sólida, renunciaría al reconocimiento internacional que podría atraer inversiones sustanciales para el sector de energía limpia del país, incluidas prometedoras oportunidades para desarrollar energía eólica costa afuera y desarrollar tecnologías emergentes como el hidrógeno verde.

De cualquier manera, mientras su presidencia entra en su fase final, Petro busca traducir su posición internacional en la construcción de coaliciones para promover una transición global alejada de los combustibles fósiles. La cumbre de Santa Marta, que se celebra del 24 al 29 de abril y es co-organizada por los Países Bajos, representa su esfuerzo más ambicioso hasta ahora: reunir a gobiernos que comparten la convicción de Colombia de que el ritmo de la transición energética está peligrosamente por debajo de lo que exige la crisis climática.

En total, representantes de unas 50 naciones planean reunirse en Colombia, muchos de los cuales representan a grandes países productores de combustibles fósiles, como Australia, Brasil, Canadá y Noruega. Es apropiado que las conversaciones tengan lugar en América Latina. Aunque el continente está aumentando rápidamente su producción de petróleo, incluso en Argentina y Guyana, también alberga muchos de los recursos necesarios para la transición energética global, incluida abundante luz solar y viento, además de los minerales críticos necesarios para las baterías que impulsan los vehículos eléctricos y el almacenamiento de energía renovable.

Para Colombia, estas contradicciones no son abstractas. Como nación que se encuentra en la encrucijada entre la dependencia de los combustibles fósiles y las oportunidades de transición energética —rica en carbón y petróleo, pero también en luz solar, viento y minerales críticos— las apuestas son altas. Si la descarbonización global se acelera, Colombia podría encontrarse con activos de combustibles fósiles sin valor. En contraste, su sector de energía renovable podría convertirse en un motor económico significativo. Ya enfrentando crecientes impactos climáticos, como sequías y derretimiento glaciar, Colombia, así como la región entera, tiene más que ganar que la mayoría con una transición energética exitosa, y más que perder con la demora.